

Irene González Gándara, maestra

Mario Alberto Morales González

Los profesores se desprenden de cuanto tienen y de cuanto saben, porque su misión es esa: DAR.

Elena Poniatowska.

Nació el 1 de noviembre de 1959, en México Distrito Federal, hoy en día Ciudad de México (CDMX). Séptima de nueve hijos de Graciela Gándara Dávila y Francisco González Escareño. Niña alegre, extrovertida y con una gran vocación la cual germinaría desde edad temprana: ser maestra de primaria.

El sueño se empezó a materializar en 1976, cuando fue aceptada en la Unidad Pedagógica de Ecatepec, en la Normal No 9. En 1980, un año antes de concluir su preparación académica, entró como interina en la Escuela Primaria Otilio Montaña en Tultepec, Estado de México. Al estar frente a grupo por vez primera los nervios no fueron tantos como esa sensación de alegría y satisfacción y reto al dar sus primeras clases. Convivir con aquellos niños, que no tardarían en darle demostraciones de cariño y respeto, reafirmó esa enorme vocación por la docencia. En 1981 acabó a la par la carrea y el interinato. Ese mismo año comenzó la misión en la primaria José María Morelos, en Ecatepec de Morelos, Estado de México.

La vida se define y nos define por las decisiones que tomamos. Novísima en el magisterio, elige unir su vida con José Alfonso Morales Quintana. Es 1982. Al casarse también determinan mudarse a Zacatecas, ciudad natal de los padres de Irene. Conciben a tres varones: José Alfonso, Mario Alberto y Jorge Alejandro. Ella deja a un lado su carrera para dedicarse a otro magisterio, la maternidad.

Con el paso de los años la vocación no merma, solo es pausa, ardor que va en aumento. Ese deseo de regresar a las aulas, el eco de los otros en sus propios pequeñines al llevarlos la escuela: sonidos, olores, viejas y nuevas sensaciones: la añoranza, voltear los papeles de madre a maestra.

Alguien dijo que los tiempos de Dios son perfectos. En el año de 1992, retomó su carrera en la Escuela Primaria Luis Moya en Sombrerete, Zacatecas. Era tan grande su anhelo por el retorno que ignoró totalmente la ubicación geográfica de su nuevo recinto. Sin dudar un momento, empacó sus pertenencias y, junto a su familia, se mudó a la sede de su destino.

En 1994 el camino de la maestra la llevo a Sain Alto, a la escuela Miguel Alemán. Su estancia fue tan solo de cinco meses, porque fue requerida en Genaro Codina, Zacatecas en

la escuela Josefa Ortiz de Domínguez. La intención de esos cambios era acercarse a la capital zacatecana. Lo logró en 1996, al llegar a la primaria Severo Cosío, turno vespertino, en Guadalupe.

Como en todo camino hubo piedras, obstáculos que hicieron trastabillar a nuestra maestra pero su ímpetu, vocación, amor por la enseñanza, espíritu, sus valores y, sobre todo, el amor a su familia y a sus alumnos y esa vocación que nació en la infancia y maduró en la juventud y la adultez, le dieron fortaleza y ánimo para continuar con su camino docente.

En 2007 salió a la luz el lugar definitivo de Irene González Gándara. Fue en la primaria Víctor Rosales, turno vespertino, en el mismo municipio del instituto anterior. Allí echaría raíces y, más que nada, amistades sinceras. Logró por mérito propio la admiración de alumnos, madres de familia y maestros. Su alegría al dar clases no menguaba su disciplina. Una maestra íntegra, realizada, plena, en toda la extensión de la palabra.

Los años pasaron con inherentes altibajos de la cotidianidad. Observaba el paso de los educandos que con gran cariño aprendían la clase de matemáticas, español, ciencias naturales, civismo y geografía. 2024 vino con una noticia que llenaba de tristeza la escena escolar. La jubilación llamaba a la puerta de la maestra Irene, quien con quebranto y melancolía la aceptó. El ciclo de una carrera inmaculada se ultimaba el primero de septiembre del año 2024.

Se extrañará a la maestra Irene González Gándara por su entrega al trabajo, el amor a su vocación y alumnado, su alegría, el alto grado de responsabilidad y por ese darse a las niñas y niños. El no quedarse en el estático rol de maestra-pupilo, sino ir más allá en la empatía: ver los problemas de cada uno de los infantes y querer ser el alivio, ese sosiego y desahogo que marcara aunque fuera una mínima diferencia dentro del aula. Hacer de ese salón de clases un escape de la cruel realidad que vivían algunos de los alumnos haciéndolos sentirse seguros y protegidos, cobijados por el amor de su maestra que los lleva a cada uno de ellos en su corazón y pensamiento.

Podría decir miles de adjetivos positivos de esa gran persona que es la maestra Irene, tomando en cuenta que he vivido con ella toda mi vida porque soy su segundo hijo. Pero escribo estas líneas desde la postura de ser uno de sus primeros exalumnos de aquel triunfal regreso a las aulas en la primaria Luis Moya. En mi defensa y resguardo de lo que redacto, están los cientos de testimonios de exalumnos y sus progenitores que le tienen gran cariño y respeto.

El probar el acíbar de la ausencia de la maestra Irene en las aulas es duro y cruel, la tristeza hará de las suyas, las lágrimas recorrerán nuestras mejillas pero recuerden siempre aquella frase que con alegría y encanto dice la maestra Irene:

LA VIDA ES BELLA Y A TODO COLOR.